

843  
M.

2023 49  
54  
56



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid, Imprenta de Anto-  
nio Marzo, San Hermenegildo,  
32 duplicado. Teléfono 1.977.



## EL SEÑOR PARENT

I

CARLITOS, agazapado en el suelo, hacía montones de arena que luego coronaba con hojas de castaño.

Su padre, sentado en una silla de hierro, le contemplaba con atención concentrada y cariñosa, no viendo más que á su hijo en aquel jardín público lleno de gente.

A lo largo del paseo circular, otros niños jugaban, mientras las niñeras, indiferentes, miraban al espacio con sus ojos embrutecidos, y las mamás charlaban sin perder nunca de vista á sus pequeñuelos.

Las nodrizas, de dos en dos, paseaban con gravedad, llevando en brazos un envoltorio de blancas telas y finos encajes, y á su espalda oscilaban las vistosas cintas de sus tocados, mientras las niñas, con la falda muy corta y las pantorrillas al aire,

mantienen serias conversaciones entre dos carreras dadas con los aros, y el guarda, con su traje verde, paseaba entre aquella diminuta muchedumbre, dando rodeos para no destruir con el pie las construcciones de arena, para no pisar las manecitas, para no ser obstáculo á la constante labor de hormiguero en que se afanaban aquellos retoños humanos.

El sol desaparecía detrás de los tejados de la calle de Saint-Lazare y lanzaba sus últimos resplandores oblicuos entre aquella muchedumbre infantil y afanosa. Los castaños brillaban con reflejos amarillos, y las tres cascadas y el estanque parecían de plata líquida.

El señor Parent miraba cariñosamente á su hijo agazapado en el suelo; no perdía un gesto de la criatura ni un detalle de su labor; hubiérase dicho que sus labios temblorosos besaban sin cesar aquella imagen adorada.

Pero, levantando los ojos hacia el reloj del alto campanario, notó que habían pasado allí cinco minutos más de lo acostumbrado. Entonces, levantándose, cogió al niño por un brazo, le puso en pie, sacudió su vestidito, cubierto de polvo, limpió las tiernas manecitas con un pañuelo, y le condujo hacia la calle Blanche. Apretaba el paso, temeroso de hacer aguardar á su esposa, y el pequeño, que apenas podía seguirle, esforzábese por correr, dando saltos menudos.

El padre pronto le cogió en brazos para ir aún más de prisa, y respiraba fatigado subiendo la cuesta. Era un hombre de cuarenta años, ya canoso, anchote,



de semblante indeciso y vientre abultado, con la expresión de un alegre mozo á quien hubiesen

apocado las contrariedades, haciéndole tímido.

Se había casado algunos años antes con una joven á la cual adoraba tiernamente, y era tratado por ella con un despotismo y una indiferencia desconsoladoras. Le regañaba sin cesar por todo lo que hacía y por todo lo que dejaba de hacer, reprochándole agriamente sus palabras y sus acciones, sus costumbres y sus goces inocentes, sus gustos y sus maneras, sus gestos, su abultado abdomen y su plácida voz.

A pesar de todo, él sentía verdadero amor por ella; pero más que á su esposa quería sin duda al niño, á Carlos, que acababa de cumplir tres años, y era la única dicha y la única preocupación de su alma. Con su renta de veinte mil francos vivía ocioso, y su mujer, que no tenía dote, se indignaba constantemente porque no trabajaba.

Llegando á casa, dejó al niño sobre el primer escalón, y secándose la frente, comenzaron á subir.

En el segundo piso llamó.

Una criada vieja, que le había visto nacer, una de esas criadas fieles que son los tiranos de las familias, salió á la puerta, y él preguntó angustiado:

—¿Ha venido ya la señora?

La criada se encogió de hombros.

—¿Cuándo ha visto el señor que la señora volviese antes de las seis y media?

El respondió turbado:

—Mejor; así tendré tiempo de mudarme; vengo sudando.

La criada le miró, entre despreciativa y piadosa.



—¡Oh! Ya lo veo. Está empapado; ha corrido sin duda, y tal vez con el niño en brazos; todo para no retrasarse, para estar aquí aguardando á la señora hasta las siete y media. Por eso no me doy prisa.

La cena está para las ocho, y si han de aguardar, ¡paciencia! Un asado no puede apresurarse.

El señor Parent, como si no la hubiese oído, murmuró:

—Bueno, bueno. Hay que lavar las manos á Carlitos, que ha jugado con tierra. Entretanto, voy á mudarme la camisa. Dile á la doncella que deje al niño bien aseado.

Y entró en su alcoba, cerrando la puerta con el pestillo para estar solo, muy solo, completamente solo. Acostumbrado á verse despreciado y maltratado, no se defendía, y nada más se juzgaba seguro bajo la protección de un cerrojo. No se atrevía ni á pensar, ni á reflexionar, ni á echar cuentas consigo mismo sin que le amparase una cerradura contra todas las miradas y suposiciones ajenas. Sentándose para descansar un poco antes de desnudarse, pensó que Julia, su criada vieja, iba siendo un conflicto más en la casa. Indudablemente odiaba á la señora; odiaba también á Pablo Limousin, el amigo íntimo y familiar del matrimonio, después de haber sido desde la infancia el inseparable compañero de Parent.

Era Limousin quien le defendía vivamente, hasta severamente, de los reproches inmerecidos que lanzaba Enriqueta contra su esposo, de los altercados tormentosos, de todas las miserias cotidianas que amargaban su existencia.

Julia se permitía ya indicaciones y apreciaciones maliciosas acerca de la señora, juzgaba sus actos y repetía sin cesar: «Si yo estuviera en el caso del señor, de otro modo andaríamos... En fin... Cada uno es... como es».

Un día llegó á insolentarse con Enriqueta, la cual se había limitado á decir por la noche á su marido: «A la primera palabra inconveniente que me diga en adelante, la despido.» Sin embargo, Enriqueta, que para todo era tan resuelta, parecía tener algún temor á la criada, y Parent atribuía esa mansedumbre á la consideración de que la pobre vieja le había visto nacer y había cerrado los ojos á su madre.

Pero todo tiene un límite, y las cosas no podían continuar de aquel modo mucho tiempo. Al buen hombre le horrorizaba la idea de lo que podía suceder allí. ¿Qué resolvería? Despedir á Julia era muy doloroso; ni pensarlo. Apoyarla contra Enriqueta ¡imposible! y, sin embargo, antes de un mes el conflicto sería inevitable.

Quedóse abandonado, con los brazos caídos, buscando vagamente la manera de conciliarlo todo, y no hallando la solución que buscaba. Luego pensó: «Afortunadamente, me consuela tener á Carlitos... porque sin él yo sería muy desgraciado.»

Ocurriósele consultar á Limousin: eso haría; pero al punto, recordando el odio mal disimulado que le

tenía Julia, temió que su amigo le aconsejara despedirla; y perdióse de nuevo en sus incertidumbres angustiosas.

Sonaron las siete; al oír las campanadas tembló.



¡Ya eran las siete y no se había mudado aún la camisa! Entonces, precipitadamente, se desnudó, se lavó, se puso una camisa limpia y volvió á vestirse con rapidez, como si hubieran estado aguardándole para un acontecimiento de trascendental importancia.

Luego entró en la sala, satisfecho de hallarse á punto y sin temer nada.

Pasó la vista por un periódico, asomóse al balcón, volvió á sentarse en el sofá; una puerta se abrió y entró el niño, lavado, peinado, limpio y risueño. Parent le oprimió entre los brazos, besándole con pasión, primero en el pelo, después en los ojos, en las mejillas, en la boca, en las manos. Le balanceó en el aire, de pie; le alzó sobre su cabeza. Volvió á sentarse fatigado, y montando á Carlitos sobre sus rodillas, le hizo saltar. «¡Arre, caballito!...»

La criatura reía y agitaba los brazos; gritaba, entusiasmándose con el juego, y el padre también reía y gritaba de gozo; su abultado vientre retemblaba.

¡Quería tanto al niño! Le quería con toda su alma de ser débil, resignado y apocado. Le quería con entusiasmos de loco; sus caricias eran casi brutales; toda la ternura que no se atrevió á mostrar con su mujer, porque hasta en los primeros meses del matrimonio Enriqueta fué siempre para él reservada y fría; toda su ternura vergonzante y tímida se desbordaba en aquellos juegos á solas con el niño.

Julia se asomó á la puerta con el semblante pálido, los ojos brillantes, y dijo temblorosa y exasperada:

—Ya son las siete y media, señor.

Parent lanzó al reloj un vistazo inquieto, y resignado, murmuró:

—En efecto; ya son las siete y media.

—Tengo á punto la comida.

Viendo la tormenta próxima, el buen hombre quiso evitarla:

—¿No me has dicho que la preparabas para las ocho?

—¿Para las ocho? ¡Estaríamos aviados! El niño no puede comer á las ocho; es muy tarde. Lo dije por decir. Pero con ese desarreglo, ¡bueno andaría el niño! ¡A las ocho! ¡Y pensar que su madre no toma esto en cuenta! ¡Vaya una madre! ¡Da compasión que haya madres como esa!

Parent, angustiado y tembloroso, creyó necesario cortar en seco la amenazadora escena.

—Julia—dijo—, no te consiento que hables así de tu señora. ¿Lo has oído? No te lo consentiré jamás, y procura no olvidarlo.

La criada, rabiosa y sorprendida, le volvió la espalda, y al salir cerró con tal violencia, que todos los cristales retemblaron; durante algunos segundos produjeron sonido semejante al de campanillas invisibles que se agitaran en el ambiente silencioso del salón.

Carlitos, repuesto de la primera impresión, que fué de asombro, batiendo palmas hinchó sus carrillos, lanzando un ruidoso «¡bum!» con toda la fuerza de sus pulmones, para imitar el ruido que hizo la puerta.

Entonces su padre le contó algunos cuentos; pero la preocupación de su espíritu le hacía perder con

frecuencia el hilo de la narración; el pequeñuelo, sin comprender lo que pasaba por el alma del infeliz, abría mucho sus ojos asombrados.

Parent no quitaba los suyos del reloj. Hubiera querido pararlo, detener el tiempo hasta que se presentara su mujer. No le preocupaba la tardanza; pero tenía miedo; miedo á lo que pudiera suceder, miedo á ella, y á Julia y á todo. Diez minutos bastarían para producir una catástrofe irremediable: violencias y explicaciones que no hubiera querido imaginar siquiera. Suponerlo nada más, el

presentimiento de la disputa, las voces descompuestas, las injurias silbando en el aire como balas, las dos mujeres frente á frente, clavando sus miradas hasta el fondo de sus ojos y arrojándose á la cara frases dolorosas; la idea sólo de lo que pudiera ocurrir, le hacía palpar el



corazón violentamente, le dejaba la boca seca, le ablandaba como un trapo... le ablandaba de tal



modo, que ya ni siquiera tenía fuerza bastante para levantar al niño, para hacerle saltar sobre las rodillas.

Sonaron las ocho. La puerta se abrió nuevamente, apareciendo Julia. Ya no estaba descompuesta

ni exasperada; su rostro expresaba una intención dañina y severa, más temible aún.

—Señor—dijo—, he servido á su mamá y cerré sus ojos; he servido á usted, señor, desde que le vi nacer hasta la fecha. No se dirá de mí que no los quiero.

Se detuvo, aguardando una respuesta. Parent balbució:

—Sí, ya lo sé, mi pobre Julia.

—Usted sabe también que no estimo el dinero, que nunca mentí, que nunca tuvo usted que reñirme...

—Sí, sí, mi buena Julia...

—Pues bien, señor; esto no puede continuar. Por el cariño que á usted le tengo, he callado; pero ya es imposible; ya lo sabe todo el barrio, y se ríen de usted... Es necesario que yo lo diga... que usted lo sepa... y no me gustan los chismes ni las delaciones; pero... ya es mucho. La señora se retrasa tanto, porque hace cosas... abominables.

Parent quedó asombrado, sin comprender nada. Sólo pudo balbucear:

—Cállate; ya sabes que te prohibo...

Pero ella le interrumpió resuelta, irresistible:

—No, señor; ya es preciso que lo diga todo. Hace mucho tiempo que la señora tiene relaciones con el señor Limousin. Los he visto más de veinte veces detrás de las puertas besándose. ¡Vaya! Si el

señor Limousin fuese rico, la señora no se hubiera casado con usted. Y si el señor recordara cómo se hizo la boda, lo comprendería todo fácilmente...

Parent se levantó lívido, exclamando:

—Calla, cállate, ó...

Y Julia continuaba:

—No; quiero decir todo lo que sé. La señora se casó con el señor para tener dinero, y le ha engañado desde el primer día. Era cosa convenida entre la señora y el amigo. Basta reflexionar para comprenderlo. Y como la señora no estaba satisfecha de haberse casado con el señor, y no le quería, le amargaba la existencia tanto, que me lastimaba el corazón, porque yo lo veo todo...

Parent avanzó, amenazando con los puños:

—¡Calla, cállate!

No hallaba otra respuesta.

Pero la criada no retrocedió: estaba decidida.

El niño, sorprendido primero y pronto aterrado por aquellas voces desentonadas, comenzó á llorar ruidosamente. Detrás de su padre, con la cara contraída y la boca muy abierta, chillaba.

El clamor del niño exasperó á Parent, enfureciéndole y envalentonándole, y se arrojó sobre Julia con los puños levantados, ya dispuesto á golpearla, gritando:

—¡Ah, miserable! ¿Quieres que se vuelva loco de terror mi pobre hijo?

Ella le detuvo con estas palabras:

—Aunque me pegue, será siempre cierto que su mujer le ha engañado, y que la criatura es del otro.

Parent se detuvo en seco, dejando caer los brazos, y quedó frente á Julia como estúpido, sin comprender ya nada.

—Basta mirarle — prosiguió la criada — para reco-

nocer al padre verdadero.

¡Vaya! ¡Si es un retrato del señor Limousin! No hay más que ver

los ojos y la frente. Ni á un ciego engañarían...

Parent la tenía cogida por los hombros y la sacudía violentamente, murmurando:

—Víbora, víbora, ¡fuera de aquí! Vete, ó te mato. ¡Vete! ¡vete!...





Y con un esfuerzo desesperado, la empujó hasta la habitación próxima. Julia cayó sobre la mesa ya servida, y los vasos cayeron, haciéndose pedazos; luego, huyendo al señor, defendiéndose con la mesa, que le tenía siempre á distancia, evitándole cuando él intentaba cogerla, iba escupiéndole á la cara palabras terribles.

—Si quiere convencerse... luego de comer salga... Y entre al momento... Verá... verá si he mentado. Pruébelo... pruébelo y se convencerá...

Julia pudo escaparse por la puerta de la cocina. El corrió, siguiéndola por la escalera interior, hasta la puerta del cuarto, en que la criada logró encerrarse.

—Ahora mismo vete de mi casa.

Julia contestó:

—Ya lo creo. Antes de una hora me habré ido.

El bajó la escalera muy despacio, y agarrándose á la pared para no caerse, volvió al salón, donde Carlitos lloraba sentado en el suelo.

Parent, desplomándose abatido en una butaca, miró al niño con estúpida fijeza. No comprendía nada, no sabía nada; sentíase aturdido, embrutecido, loco, lo mismo que si acabara de recibir sobre la cabeza un tremendo golpe; apenas recordaba las cosas horribles que le había dicho Julia. Pero, poco á poco, su razón, como el agua turbia, se aclaró,

calmándose, y la noticia triste y abominable comenzó á torturar su alma.

Julia había hablado tan claramente, con tal energía, con tal seguridad, con tal sinceridad, que Parent no dudaba de su buena fe; pero se obstinaba en dudar de su perspicacia. Pudo engañarse, cegada por su cariño hacia él, arrastrada por su odio inconsciente contra Enriqueta. Sin embargo, á medida que trataba de tranquilizarse y convencerse, mil pequeños incidentes despertaban en su memoria palabras de su mujer, miradas de Limousin, un montón de minucias, no tomadas hasta entonces en cuenta, y apenas advertidas; retrasos repetidos, ausencias simultáneas y hasta gestos insignificantes, pero extraños, que no había sabido interpretar ni comprender, y que, al fin, adquirirían á sus ojos mucha importancia, estableciendo entre todos ellos unidad y connivencia. Cuanto había ocurrido desde su casamiento, surgía bruscamente en su memoria sobreexcitada por la angustia. Entonces lo recordaba todo: entonaciones singulares, actitudes sospechosas, y su pobre corazón de hombre tranquilo y bondadoso, martirizado por la duda, le mostraba en aquel instante como cierto lo que no eran acaso más que sospechas.

Recorría con obstinación encarnizada sus cinco años de matrimonio, procurando revivirlo todo, mes por mes, día por día, y cada suceso inquietante

cabezas apareciesen juntas, hablaba en alta voz, tanta era su turbación: «Sí... La misma forma de nariz... La misma forma... tal vez no... Y la mirada... Tiene los ojos azules... muy azules... Tampoco eso... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Estoy loco!... No quiero ver más... ¡Dios mío!... ¡Estoy loco!»

Huyendo, alejándose del espejo, se dejó caer sobre una butaca y puso al niño en otra. El pobre hombre lloraba, lloraba como un desesperado, y el niño, asustándose, comenzó á gritar.

El timbre de la puerta sonó. Parent dió un salto, como si una bala le hubiese atravesado, y dijo: «Es ella; ¿qué haré?» Corriendo hacia su cuarto para encerrarse y reponerse, iba secándose los ojos. Pero á los pocos instantes, el timbre le hizo estremecerse de nuevo, y pensó entonces que Julia se habría ido sin avisar á la doncella. ¿Quién abriría la puerta? Él mismo.

De pronto sintióse resuelto y envalentonado, dispuesto al disimulo y á la lucha. La horrible sacudida le había curtido en un momento. Además, quería saber, averiguar algo, con un furor de tímido y una tenacidad de bonachón exasperado.

A pesar de todo, temblaba. ¿De miedo? Sí. ¿Acaso aún temía, como siempre, á su mujer? ¿Alguien sabe cuánta cobardía fustigada contiene un movimiento audaz?

Acercóse á la puerta sin hacer ningún ruido, y se

detuvo á escuchar. Su corazón latía furiosamente; los golpes que resonaban en su pecho y la voz chillona del niño... No conseguía oír otra cosa.

De pronto el timbre resonó sobre su cabeza, sacudiéndole como una explosión, y anheloso, desfallecido, abrió la puerta.

Su mujer y Limousin se le aparecieron en el descansillo.

Enriqueta le dijo, á un tiempo irritada y sorprendida:

—¿Por qué abres tú? ¿Y Julia?

Parent sentía en la garganta un nudo, y la respiración fatigosa; quiso responder, pero no pudo pronunciar ni una palabra.

Ella prosiguió:

—¿Te has vuelto mudo? ¿Y Julia?

Entonces él dijo, balbuceando:

—Julia... Julia... se ha ido...

Enriqueta se iba enfureciendo.

—¿Cómo! ¿Se ha ido? ¿A dónde? ¿Por qué?

Parent recobraba su aplomo, sintiendo brotar en su corazón un odio implacable contra la insolencia de aquella mujer.

—Sí... Se ha ido para siempre. La he despedido.

—¿Tú... á Julia? Estás loco.

—Sí; la he despedido porque se había insolentado; y además... porque ha maltratado al niño.

—¿Julia?